

parte de ellas pudieran este mismo otoño llegar al alto Amur, desde donde sería más fácil embarcarlas á la entrada de la primavera para las tierras bajas. Aunque no se ganasen más que algunas semanas ó días, en tiempos de escasez, eso siempre sería de importancia.

Empecé mi largo viaje en un bote de remo, cambiando tripulantes en cada pueblo, ó sea cada 35 kilómetros, poco más ó menos. Se progresaba lentamente; pero era posible que no hubiera vapor río arriba en quince días, y, mientras tanto, yo podía llegar á los parajes donde se perdieron las embarcaciones y ver si algo se había salvado. Además, en la boca del Usuri (Khabaróusk) era posible que encontrara vapor. Los barcos que hallaba en los pueblos eran de mala muerte y el tiempo estaba muy revuelto; claro está que no nos alejábamos de la orilla; pero, á veces, teníamos que cruzar algunos afluentes de una anchura considerable, y las olas que levantaba el fuerte viento amenazaban de continuo hacer zozobrar nuestra pequeña navecilla. Un día tuvimos que atravesar un brazo del río que tenía cerca de cien metros de ancho; grandes olas se elevaban como montañas al encontrarse ambas corrientes, y mis remeros, que eran dos campesinos, se aterrorizaron, y poniéndose blancos como el papel, con los labios temblorosos y lívidos, murmuraban plegarias; pero un bravo muchacho de quince años que iba al timón, vigilaba con calma los movimientos de las aguas, sorteando al oleaje con serenidad admirable. El bote, sin embargo, se anegaba, y yo, con un viejo achicador, procuraba echar por una parte el agua que entraba por la otra, notando algunas veces que aquélla se acumulaba con más rapidez de la que yo podía emplear para desalojarla; hubo un momento en que embarcó el bote tanta, de dos olas seguidas, que á una señal de uno de los trémulos remeros me desaté el pesado saco lleno de plata y cobre que llevaba á la espalda... Durante varios días nos vimos en trances parecidos; yo nunca violenté su voluntad; pero como ellos sabían la causa que motivaba el apresuramiento, aprovechaban toda oportunidad que se presentaba de seguir adelante. «No se muere siete veces sino una, y esta no hay medio de evitarla», solían decir, y, santiaguándose, metían mano á los remos y bogaban adelante.

Pronto llegué al lugar donde ocurrió el principal siniestro: cuarenta y cuatro barcas habían naufragado, y como no fué posible descargarlas, pocos efectos se salvaron. Las aguas se llevaron dos mil toneladas de harina. Con tales noticias continué mi viaje.

Unos días después, un vapor que remontaba lentamente el río me alcanzó, y cuando lo abordé me dijeron los pasajeros que el capitán, bajo la acción de una tremenda borrachera, se arrojó al agua; se le pudo, sin embargo, salvar, y se hallaba enfermo en su camarote. Me pidieron que tomara el mando del buque, y tuve que consentir en ello; pero pronto encontré con gran sorpresa mía, que todo marchaba por sí mismo de un modo tan excelentemente rutinario, que, aunque me pasaba todo el día en el puente, no tenía casi nada que hacer. Aparte de algunos minutos de verdadera responsabilidad, cuando había que atracar á los desembarcaderos, donde tomábamos leña como combustible, y el decir á los fogoneros alguna palabra que otra de cuando en cuando, con objeto de animarlos y poder salir en el momento que la aurora permitía distinguir el contorno de las orillas, todo marchaba perfectamente. Un

práctico que hubiera podido interpretar la carta, hubiese obtenido el mismo resultado.

Viajando algo por vapor, y mucho á caballo, llegué, al fin, á Transbaikalia. La idea de que el hambre se presentara en el bajo Amur la primavera próxima, me causaba una impresión penosa. Al remontar el Shilka, observé que el vaporcito no marchaba con tanta rapidez contra la corriente, por cuya razón lo abandoné, y recorrí á caballo, acompañado de un cosaco, 3.330 kilómetros, Argúñ arriba, á lo largo de uno de los caminos montañosos más abruptos de Siberia, no deteniéndonos para hacer fuego, hasta que la media noche nos sorprendía en el bosque. Ni aun las diez ó veinte horas que se podían ganar, apretando de tal modo, eran de despreciar, porque cada día se acercaba más la clausura de la navegación, y ya se formaba hielo por la noche en el río. Al fin, encontré al gobernador de Transbaikalia y á mi amigo el coronel Pedashenko á orillas del Shilka, en la estación penal de Kará, y el último tomó á su cargo el cuidado de remesar inmediatamente todas las provisiones posibles. En cuanto á mí, partí inmediatamente para dar cuenta de todo lo acaecido en Irkutsk.

Las gentes de esta última, se maravillaban de la rapidez con que yo había podido hacer tan largo viaje, el cual me dejó reventado. Pude, sin embargo, reponerme durmiendo durante una semana tal número de horas al día, que me avergonzaría mencionarlas.

«¿Habéis descansado lo suficiente?», me preguntó el gobernador general, á la semana, ó poco más, de mi llegada. «¿Podrías salir mañana, como correo, para San Petersburgo, con objeto de dar vos mismo cuenta de la pérdida de las barcas?» Aquello representaba el recorrer en veinte días — ni uno más — otra distancia de 5.330 kilómetros entre Irkutsk y Nijni Novgorod, donde podía tomar el tren para San Petersburgo; caminar día y noche en silla de posta, que se necesitaba cambiar en cada estación, pues no era posible que ningún carruaje aguantase semejante viaje, corriendo constantemente sobre los caminos helados. Pero el deseo de ver á mi hermano Alejandro fué lo bastante para que no dejara de aceptar la oferta, y á la noche siguiente me puse en camino. Cuando llegué á las tierras bajas de la Siberia occidental y los Urales, el viaje se convirtió verdaderamente en un tormento: hubo días en que las ruedas de los vehículos se rompían sobre el terreno helado con una frecuencia deplorable; los ríos se iban helando, y tuve que cruzar el Ob en un bote, á través de témpanos de hielo, que á cada momento amenazaban echar á pique nuestra pequeña embarcación. Cuando llegué al río Tom, en el que el hielo flotante se había soldado uno con otro en la noche anterior, la gente se negó por algún tiempo á pasarme á la otra banda, pidiéndome que les diera «un recibo».

— ¿Qué clase de recibo necesitáis?

— Debéis escribir en un papel: «Yo, el infrascrito, testifico, por la presente, que me ahogué por la voluntad de Dios, y no por culpa de los campesinos», y nos dais ese documento.

— Con mucho gusto; vamos á la margen opuesta.

Por último, conseguí que me acompañaran: un muchacho muy desenvuelto, que yo había elegido de entre la multitud, abría la marcha, tanteando la resistencia del hielo con un palo; yo caminaba detrás, lle-

vando al hombro mi caja de despachos, y ambos íbamos amarrados á largas cuerdas que sostenían cinco labriegos, siguiéndonos á cierta distancia, uno de los cuales traía un haz de paja, para echarla sobre el hielo en los sitios que no ofreciera seguridad.

Finalmente llegué á Moscou, donde me esperaba mi hermano en la estación, y de allí partimos en el acto para San Petersburgo.

La juventud es una gran cosa: después de semejante viaje, que duró veinticuatro días con sus noches, entrando de mañana en San Petersburgo, fui en el mismo día á entregar mis despachos, y no dejé de ir á ver á una de mis tías, ó mejor dicho, á una prima, que me recibió con alegría, diciéndome: «Esta noche damos un baile; ¿vendrás?» «¡Claro que sí!» — le contesté. Y no sólo fui, sino que bailé hasta el amanecer del otro día.

* * *

Cuando llegué á San Petersburgo y me presenté á las autoridades, comprendí el por qué se me había mandado á dar cuenta en persona de lo ocurrido. Nadie podía creer hubiera pasado tal siniestro: «¿Habéis estado en el mismo lugar? ¿visteis la destrucción de las barcas con vuestros propios ojos? ¿estáis completamente seguro de que no han robado el cargo, enseñándoos los restos de un naufragio cualquiera?» Tales fueron las preguntas que tuve que contestar.

Los altos funcionarios que estaban colocados al frente de los asuntos siberianos en San Petersburgo, eran admirables por su cándida ignorancia respecto á Siberia. «*Mais, mon cher* — me dijo uno de ellos, que hablaba siempre el francés — ¿cómo es posible que se pierdan cuarenta barcas en el Neva sin que nadie corra en su auxilio?» «¡El Neva! — exclamé — ¡poned tres ó cuatro Nevas unidos, y tendréis el bajo Amur!»

«¿Es verdaderamente tan grande?» Y dos minutos después charlaba en correcto francés sobre una multitud de cosas. «¿Cuándo visteis al pintor Schmartz la última vez? ¿No os parece su «Juan el Terrible» un cuadro admirable? ¿Sabéis por qué iban á arrestar á Kúkel?» y me contó todo lo referente á una carta que le remitieron pidiéndole su apoyo para la causa polaca. «¿Sabéis que Chernysheusky ha sido preso? Ahora está en la fortaleza.»

«¿Por qué? ¿qué ha hecho?» — le pregunté; y él me respondió: «¡Nada en el fondo, nada! ¡Pero, *mon cher*, ya sabéis lo que son las cuestiones de Estado!... ¡Un hombre de tanta inteligencia, tan extraordinariamente ilustrado, y con tan gran influencia sobre la juventud, como comprenderéis, no era posible que un gobierno pudiera consentirlo: «eso es *intolerable, mon cher*, en un estado bien ordenado.»

El conde Ignatieff no me hizo tales preguntas: conocía muy bien el Amur, y también á San Petersburgo. Entre humorísticas y picantes observaciones, que hacía respecto á Siberia con pasmosa vivacidad, me dijo: «Ha sido una suerte que hayáis estado sobre el terreno y visto la catástrofe. Y han obrado muy cuerdamente al enviaros personalmente con la relación. «¡Muy bien hecho! Al principio no había quien creyera lo de las barcas: «Un nuevo robo», se decía. Pero ahora afirman

las gentes que érais bien conocido como paje, y como sólo habéis estado algunos meses en Siberia, no es de creer que os prestáseis á encubrir un robo, y confían en vos.»

El ministro de la Guerra, Dmitri Milútin, fué el único hombre de los que ocupaban un puesto elevado en San Petersburgo que se ocupó formalmente de la cosa. Me dirigió muchas preguntas, y todas pertinentes. Al momento se hizo cargo de la cuestión, y toda nuestra conversación se redujo á cortas sentencias, sin precipitación, y al mismo tiempo sin palabras inútiles. «¿Queréis decir que á los establecimientos de la costa se suministre por mar, y sólo por Chitá el resto? Perfectamente: pero si el año próximo se repite la tormenta, ¿ocurrirá una vez más el mismo siniestro?» «No, si se dispone de dos pequeños remolcadores que convoyen las barcas.» «¿Bastará eso?» «Sí; con que se hubiera podido disponer de uno solo, la pérdida no hubiese sido ni aun la mitad de importante.» «Es muy probable: escribidme exponiendo cuanto habéis manifestado con claridad y privadamente, sin cumplimientos.»

V.

No permanecí mucho en San Petersburgo, volviendo á Irkutsk aquel mismo invierno: mi hermano debía ir á reunirse conmigo dentro de pocos meses; pues había ingresado de oficial en los cosacos de Irkutsk.

Viajar á través de Siberia en el invierno se tiene por cosa terrible; pero, si bien se considera, es, después de todo, más comfortable que en ninguna otra época del año. Los caminos cubiertos de nieve se recorren cómodamente, y aunque el frío es intenso, se puede soportar bastante bien. Tendido uno cual largo es en el trineo, como todos hacen en Siberia, envuelto en mantas de pieles, con pelo por dentro y por fuera, no se sufre mucho por esa causa, aun cuando el termómetro esté á cuarenta ó sesenta grados Fahrenheit bajo cero. Viajando como lo hacen los correos — esto es, cambiando rápidamente de caballos en cada estación, y sólo parando durante una hora una vez al día para comer — llegué á Irkutsk á los diecinueve días de haber salido de San Petersburgo: 330 kilómetros al día es la marcha normal en tales casos, y recuerdo haber recorrido los últimos 1.100 kilómetros de mi viaje en setenta horas. El hielo no era entonces muy espeso; los caminos se hallaban en excelente estado; á los conductores se les mantenía animosos, gracias á un abundante suministro de monedas de plata, y el tiro, compuesto de tres caballitos ligeros, no parecía fatigado al correr suavemente sobre cerros y valles, á través de ríos helados y duros como el acero, y de florestas que resplandecían con su manto argentino bajo los rayos del hermoso sol.

Ahora había sido nombrado agregado al gobierno general de la Siberia oriental, para todo lo referente á los cosacos, teniendo que residir en Irkutsk; pero en este cargo no había nada de particular que hacer: el dejar que todo marchase según la rutina establecida, sin volverse más á referir á ningún cambio, era la consigna que esta vez venía de San Petersburgo. Por cuya razón, acepté con placer la propuesta de emprender exploraciones geográficas en Manchuria.

Si se echa una ojeada á un mapa de Asia, se ve que la frontera rusa que corre en Siberia, hablando en términos generales, á lo largo del grado cincuenta de latitud, de repente se inclina en Transbaikalia hacia el Norte; sigue en una extensión de 500 kilómetros el río Arguñ; y después, al llegar al Amur, se vuelve en dirección al Sudeste. Hallándose el pueblo de Blagoveschek, que fué en otro tiempo la capital de las tierras bañadas por el río, situado, de nuevo, casi á la misma latitud de cincuenta grados. Entre el ángulo Sur de Transbaikalia (Nueva Tsurukháitu) y Blagovéschensk sobre el Amur, la distancia de Oeste á Este es sólo de 830 kilómetros; pero á lo largo del Arguñ y el Amur pasa de 1.665, y, además, la comunicación paralela al curso del primero, que no es navegable, resulta extremadamente difícil: en su parte baja no hay más que caminos montañosos con exceso abruptos y poco menos que infranqueables.

Transbaikalia es muy rica en ganadería, y los cosacos que ocupan su extremo Sur y son importantes ganaderos, deseaban establecer una comunicación directa con el Amur central, que sería un buen mercado para sus ganados. Traficando con los mongoles, habían oído decir á éstos que no sería difícil llegar al Amur, caminando hacia el Este, á través del gran Khingán: en tal dirección, les dijeron, se tropieza con un antiguo camino chino, que, después de cruzar el lugar referido, conduce á la población manchuriana de Merghén (sobre el río Ninni, tributario del Sungari), donde se encuentra un camino excelente para el Amur central.

Me ofrecieron la dirección de una caravana comercial que los cosacos pensaban organizar, á fin de encontrar aquel camino, y la acepté con entusiasmo. Ningún europeo había visitado jamás aquella región; y un topógrafo ruso que emprendió igual camino algunos años antes, fué muerto: sólo dos jesuitas, en tiempos del emperador Kan-si, penetraron desde el Sur hasta Merghén, determinando su latitud; pero toda la inmensa región que se extendía al Norte de dicho lugar, de 830 kilómetros de anchura y 1.165 de profundidad era absolutamente desconocida. Consulté todas las fuentes de información posibles respecto á esta región: nadie, ni aun los geógrafos chinos, sabían lo más mínimo sobre el particular; además, el hecho mismo de poner en relación al Amur con Transbaikalia tenía su importancia, y Tsurukháitu va á ser ahora la cabeza del ferrocarril transmanchuriano; habiendo sido nosotros, por consiguiente, los precursores de esa gran empresa.

Se presentaba, sin embargo, una dificultad: en el tratado en que China concedía á Rusia libertad de comercio con el « imperio de China y Mongolia », no se mencionaba á Manchuria, pudiendo lo mismo incluirse que excluirse de dicho tratado. Las autoridades chinas de la frontera lo interpretaban de una manera y las rusas de otra. Además, como sólo se mencionaba el tráfico, á un oficial no se le permitiría entrar en Manchuria. Tuve, pues, necesidad de ir como negociante, á cuyo objeto compré algunos géneros en Irkutsk y fuí disfrazado de tal. El gobernador general me dió un pasaporte á nombre del segundo contribuyente de Irkutsk, el comerciante Petr Alexeien y sus compañeros, previniéndome que, si las autoridades chinas me arrestaban y me llevaban á Pekín, y de allí, á través del Góbi, á la frontera rusa — en una caja, sobre los

lomos de un camello, era como conducían á los prisioneros de un extremo á otro de Mongolia —, no debía comprometerlo dando mi nombre. Yo, como es natural, acepté todas las condiciones, pues la tentación de visitar un país que jamás ningún europeo había visto, era demasiado fuerte para que un explorador pudiera resistirla.

El ocultar mi identidad mientras estuviera en Transbaikalia no hubiera sido empresa fácil: los cosacos son extremadamente curiosos — verdaderos mongoles —, y desde el momento que un forastero llega á uno de sus pueblos, el amo de la casa donde pára, aunque ofreciéndole la mayor hospitalidad posible, lo sujeta á un formal interrogatorio.

« Supongo que el viaje habrá sido molesto — empieza diciendo —; el camino de Chitá á aquí es muy largo, ¿no es verdad? Y tal vez más largo todavía para uno que venga de más lejos. ¿Será quizás de Irkutsk? Allí hay mucho comercio; numerosos negociantes pasan por aquí. ¿Vais también á Nerchinsk, no es verdad? A vuestra edad es muy corriente el estar casado, y supongo tendréis familia: ¿muchos hijos? ¿Probablemente no serán todos varones? » Y á este tenor durante media hora.

El jefe local de los cosacos, capitán Buxhovden, conocía bien el personal, y esto fué causa de que tomáramos nuestras precauciones: en Chitá y en Irkutsk habíamos con frecuencia trabajado en teatros de aficionados, representando más generalmente dramas de Ostrausky, en los cuales el lugar de la escena es por lo común entre las clases comerciales. Muchas veces tomé parte en tales funciones, y tanto placer me producía el representar, que, hasta llegué una vez á escribir á mi hermano una carta entusiasta, confesándole mi ardiente deseo de abandonar la carrera militar y dedicarme al teatro. Yo, trabajando de galán joven, hacía por lo general papeles de comerciantes, y me había familiarizado bastante bien con sus modos de hablar, gesticular y beber te en el plato — cosas que aprendí al hacer mis trabajos estadísticos en Nikolskoye — y ahora se me presentaba la ocasión de ponerlas en práctica con un objeto provechoso.

« Tomad asiento, Petr Alexeievich », solía decirme el mencionado capitán, cuando la tetera, lanzando nubes de vapor, se colocaba sobre la mesa.

« Gracias; nos detendremos aquí », contestaba yo, sentándome en el borde de la silla á cierta distancia, y empezando á beber mi te como verdaderamente lo hacen los mercaderes de Moscou, mientras que Buxhövden casi no podía contener la risa, al verme soplar mi plato con la vista clavada en él, y morder de un modo especial, arrancándole microscópicas partículas, un pequeño terrón de azúcar que había de servir para media docena de tazas.

Sabíamos que los cosacos pronto llegarían á descubrir la verdad; pero lo importante era ganar algunos días, y cruzar la frontera antes de que eso sucediera. Yo debí representar mi papel muy regularmente, porque los cosacos me trataron como á un mercader cualquiera. En un pueblo, una vieja me llamó al pasar, preguntándome:

- ¿Viene alguien más por el camino, amiguito?
- Nadie, abuela, que yo sepa.
- ¿Dicen que un príncipe, el de Rapotsky, iba á venir; será verdad?
- ¡Oh! ya comprendo; tenéis razón, abuela; sus altezas pensaban

hacer el viaje desde Irkutsk. ¿Pero cómo habían de realizarlo con tan malos caminos! ¡Eso no es para ellos! Así, que han resuelto quedarse donde están.

— Es claro; ¡eso no era posible!

Diré, para abreviar, que pasamos la frontera sin que nos molestaran; éramos once cosacos, un tungo y yo, todos á caballo; llevábamos unos cuarenta de éstos para la venta y dos carros, uno de los cuales, de dos ruedas, era mío, y contenía los paños, terciopelos y tejidos en oro y otras cosas de la misma indole que yo traía en mi calidad de negociante. El cuidado de mi carro y mis caballos estaba completamente á mi cargo, y como encargado de la caravana elegimos á uno de los cosacos, quien debía entenderse para todo con las autoridades chinas. Todos los cosacos hablaban la lengua del país, y el tungo entendía la manchuriana. La gente de la caravana sabía, por supuesto, quién era yo — uno de los cosacos me había conocido en Irkutsk —, pero nunca se dieron por entendidos, comprendiendo que de ello dependía el éxito de la expedición. Yo llevaba un largo vestido de algodón azul, como todos los demás, y los chinos no se fijaron en mí, así que, sin ser observado, pude trazar el plano del camino. En el primer día, cuando los soldados chinos de todas clases nos rodeaban, con la esperanza de alcanzar una copa de aguardiente, yo, por lo general, apenas podía dirigir una mirada furtiva al sextante y anotar las alturas y las distancias dentro del bolsillo, sin sacar el papel al exterior. No llevábamos arma alguna: únicamente el tungo, que iba á casarse, traía su escopeta de chispa, de la que se servía para cazar al ciervo que se descuidaba, proporcionándonos carne fresca, y reuniendo pieles con que tener para pagar el importe de la novia.

Cuando no pudieron sacarnos más aguardiente, nos dejaron solos los soldados chinos. Y nosotros, caminando directamente hacia el Este, franqueamos del mejor modo posible sierras y valles, hasta que, después de cuatro ó cinco días de marcha, dimos al fin con el camino chino que debía llevarnos á través del Khingán, á Merghén.

Con gran sorpresa nuestra, encontramos que el cruce de la gran cordillera, que tan negra y terrible aparecía en los mapas, era cosa bien fácil. En el camino alcanzamos á un antiguo funcionario chino, de aspecto miserable, que iba viajando en un carro de dos ruedas. En los dos últimos días la marcha había sido cuesta arriba, y el terreno presentaba testimonio de su gran altitud: el suelo se hizo cenagoso, y el camino estaba lleno de fango; la hierba ofrecía pobre aspecto, y los árboles eran enanos, raquíuticos y á menudo mal conformados y cubiertos de líquenes. A derecha é izquierda se levantaban montañas desprovistas de vegetación, y ya íbamos pensando en las dificultades que nos ofrecería el paso de la sierra, cuando vimos al chino bajarse de su carro delante de un *obó* — esto es, un montón de piedras y ramas de árboles, á las que había amarrados mechones de cerdas y pedazos de trapo —, arrancar varias de aquéllas á la crin de su caballo y unir las á las otras. « ¿Qué es eso? », le preguntamos. Y él nos contestó: « el obó; el agua que tenemos delante va á desembocar en el Amur ». « ¿Y es esa toda la cordillera de Khingán? » « ¡Toda! No hay más montañas que cruzar hasta llegar á dicho río; no más que cerros! »

Esto causó una verdadera conmoción en nuestra caravana. « ¡Los ríos desembocan en el Amur, en el Amur! », se decían los cosacos unos á otros. ¡Toda su vida habían oído á los ancianos hablar del gran río donde la vid crece silvestre, y las praderas se extienden por centenares de millas, pudiendo mantener á millones de criaturas: más tarde, cuando se anexionó el Amur á Rusia, oyeron hablar del largo camino que había que recorrer para llegar á él, las dificultades con que tropezaban los primeros colonos, y la prosperidad relativa de que disfrutaban los establecidos en el alto Amur, para cuya región acabábamos de encontrar el camino más corto! Teníamos ante nosotros una cuesta empinada, y aquél descendía en forma de zizás hasta llegar á un riachuelo, que se abría paso á través de un mar entrecortado de montañas, y conducía al Amur. Ningún otro obstáculo se presentaba entre nosotros y el gran río. El explorador imaginará mi alegría ante este inesperado descubrimiento geográfico. En cuanto á los cosacos, inmediatamente se desmontaron y fueron á su vez á atar mechones de cerdas, arrancadas á sus caballos, á las ramas del obó. Los siberianos, en general, tienen una especie de temor á los dioses chinos; pues, á pesar de no darles importancia, dicen que no son buenos, están inclinados al mal, y nunca conviene indisponerse con tales divinidades; siendo mucho mejor tenerlas contentas con pequeñas muestras de respeto.

« Mirad, aquí hay un árbol raro; debe ser un roble », exclamaban, á medida que descendíamos por la pendiente. Este árbol no crece en Siberia, no encontrándose hasta no llegar á la declinación oriental de la alta meseta. Luego seguían diciendo: « ¡He aquí avellanos! ¿y qué árbol es ese? », repetían al ver un limonero ú otra clase de árbol de los que no se dan en Rusia, y que yo conocía como pertenecientes á la flora manchuriana. Los hombres del Norte, que durante tantos años habían soñado con tierras templadas, ahora que las veían estaban entusiasmados. Tendidos sobre el suelo cubierto de hierba abundante, la acariciaban con la vista; la hubieran hasta besado. Y ya ardían en deseos de llegar al Amur lo más pronto posible: así que, cuando quince días después acampamos en nuestra última etapa á 35 kilómetros del río, se pusieron tan impacientes como criaturas, empezando á ensillar los caballos poco después de media noche, y haciéndome poner en camino mucho antes del amanecer; y cuando, al fin, desde una eminencia divisamos su poderosa corriente, los ojos de estos siberianos, tan poco impresionables generalmente, y desprovistos de sentimientos poéticos, brillaron de un modo expresivo al tender la vista sobre las azules aguas del majestuoso Amur. Era evidente que, más tarde ó más temprano, con ó sin la ayuda del gobierno ruso, y hasta contra su voluntad, tanto las dos márgenes de este río, hoy desiertas, pero llenas de esperanzas para lo porvenir, así como los inmensos y despoblados terrenos de la Manchuria del Norte, serían invadidos por colonos rusos, del mismo modo que las orillas del Mississipi fueron colonizados por *voyageurs* canadienses.

Entre tanto, el viejo y medio ciego funcionario chino con quien habíamos cruzado el Khingán, arreglándose su vestido azul y sombrero oficial con un botón de cristal en la copa, nos declaró á la mañana siguiente, que no nos dejaría pasar más adelante. Nuestro « encargado »

lo recibió á él y su acompañante en nuestra tienda, y el viejo, repitiendo lo que su secretario le apuntaba al oído, presentó todo género de dificultades encaminadas á impedir que continuásemos avanzando: pretendiendo que acampáramos en aquel lugar, aguardando á que él remitiera nuestro pase á Pekin y recibiera órdenes; á lo que nos negamos en absoluto. Después, empezó á hacer comentarios respecto á nuestro pasaporte.

« ¿Qué clase de documento es ese? dijo mirándolo con desdén, seguramente por estar escrito en pocas líneas en una hoja de papel común, en ruso y en mongol y no tener más que un sencillo sello de lacre. « Vosotros mismos podéis haberlo escrito y sellado con una moneda — observó —; mirad el mío: me parece que vale alguna cosa ». Y desplegó ante nosotros un gran pliego de papel cubierto de caracteres chinos.

Yo había permanecido apartado durante esta conferencia, arreglando algo mis efectos, cuando me vino á la mano un ejemplar de la *Gaceta de Moscou*, la cual, siendo propiedad de la Universidad de dicha ciudad, tiene un águila impresa en su cabeza. « Enseñadle esto », dije á nuestro encargado; quien, abriendo la gran publicación, le llamó la atención sobre el águila, agregando: « El otro pase era para presentarlo á los extraños; pero he aquí el nuestro ». « ¿Cómo, todo eso se refiere á vosotros? », preguntó el viejo aterrado. « Sí, todo », contestó el otro, con toda la gravedad posible.

El chino, como verdadero empleado, parecía confundido al ver tal profusión de letras: y examinándonos uno por uno nos hacía á todos reverencias; pero como el secretario no cejaba en sus indicaciones, concluyó declarando que no nos dejaría continuar el viaje. « Basta de conversación », dije á nuestro representante; « ordenad que ensillen los caballos ». Los cosacos fueron de la misma opinión, y en un momento nos pusimos en marcha, despidiéndonos del pobre hombre y ofreciéndole hacer constar que, fuera de recurrir á la violencia — cosa que no le hubiera sido posible —, había hecho cuanto estaba en su mano para impedir nuestra entrada en Manchuria, de la cual éramos los únicos responsables.

Pocos días después estábamos en Merghén, donde traficamos un poco, llegando pronto á la población china de Arguñ, en la margen derecha del Amur, y á la rusa de Blagoveschensk, en la izquierda. Habíamos descubierto el camino directo y otras muchas cosas interesantes también: el carácter fronterizo del Gran Khingán, la facilidad con que puede cruzarse, los volcanes terciarios de la región Uyún Kholdontsi, que durante tanto tiempo habían sido poco menos que enigmáticos en la literatura geográfica, y otros hechos de igual importancia. No puedo decir que fuí un negociante listo, porque en Merghén insistí (en un chino incorrecto) en pedir treinta y cinco rublos por un reloj, cuando el comprador chino ya me había ofrecido cuarenta y cinco: los cosacos en cambio se daban mejores trazas; vendieron sus caballos muy bien, y cuando hicieron lo mismo con los míos y mis géneros y efectos, resultó que la expedición le había costado al gobierno la modesta suma de veintidós rublos, ó sean cincuenta y cinco francos:

VI.

Todo este verano lo pasé viajando por el Amur, fuí hasta su misma desembocadura, ó mejor dicho, su estuario — Nikoláusk —, para unir-me al gobernador general, á quien acompañé en vapor á remontar el Usuri, después de lo cual, en el otoño, hice otro viaje más interesante aún, subiendo por el Sungari hasta el corazón mismo de Manchuria, llegando á Ghirin (ó Kirin, según se pronuncia en el Sur).

En Asia muchos ríos están formados por la unión de dos igualmente importantes, lo que hace difícil que el geógrafo pueda decir con certeza cuál de los dos es el principal y cuál el tributario. El Ingodá y el Oñón se reúnen para formar el Shilka; éste y el Arguñ hacen lo mismo para dar por resultado el Amur, el cual se une á su vez al Sungari para constituir esa poderosa corriente que, dirigiéndose hacia el Nordeste, entra en el Pacífico, pasando por las inhospitalarias latitudes de la miserable Tartaria.

Hasta el año 1864, el gran río de Manchuria permanecía poco conocido. Todas las informaciones á este respecto databan del tiempo de los jesuitas, y eso era incompleto; pero ahora, que un renacimiento en lo referente á la exploración de Mongolia y Manchuria iba á realizarse, y el temor que hasta entonces se había tenido á China se consideraba exagerado, todos nosotros, la gente joven, hacíamos presión sobre el gobernador general, mostrándole la necesidad de explorar el Sungari, pues el tener á las puertas de casa una inmensa región casi tan desconocida como un desierto africano, nos parecía una cosa verdaderamente tentadora. De pronto, el general Orsákoff decidió mandar un vapor que remontase el Sungari, bajo el pretexto de llevar un mensaje de amistad al gobernador general de la provincia de Ghirin. El cónsul ruso de Urgá debía ser su portador, y un médico, un astrónomo y yo, todos bajo las órdenes del coronel Checuyáeff, fuimos enviados con la expedición en el vaporcito *Usuri*, que remolcaba una barca con carbón, en la cual iban veinticinco soldados, cuyos rifles se hallaban ocultos cuidadosamente en el cargo.

Todo se organizó con precipitación, y en el pequeño vapor no había donde acomodar tanta gente; pero como todos estábamos llenos de entusiasmo, nos arreglamos lo mejor que pudimos en los reducidos camarotes. Uno de nosotros tuvo que dormir sobre una mesa, y una vez en marcha, encontramos que no había cubiertos para todos, sin hablar de otras cosas necesarias. Otro de los nuestros recurrió á su cor-taplumas, y mi cuchillo chino con dos puntas hizo veces de tenedor, viniendo á enriquecer el servicio de mesa.

No era empresa fácil navegar contra la corriente; el gran río, en su parte inferior, donde corre por tierras tan bajas como las del Amur, es muy poco profundo, y aunque nuestro vapor sólo calaba un metro, con frecuencia no encontrábamos un canal bastante hondo por donde poder pasar. Hubo días que sólo recorrimos cuarenta millas, tocando otras tantas veces en el arenoso fondo del río, y casi de continuo fué necesario mandar por delante una lancha, que fuera reconociendo la profundidad de la corriente. Pero nuestro joven capitán había resuelto

llegar á Ghirin aquel otoño, y diariamente progresábamos. A medida que más se avanzaba río arriba, hallábamos á este más hermoso y más navegable, y cuando pasábamos los desiertos arenosos en el lugar donde se efectúa su reunión con su hermano el Nonni, el viaje se hizo tan rápido como placentero. Así, en pocas semanas llegamos á la capital de la provincia de Manchuria. El topógrafo hizo un excelente mapa del río; pero, desgraciadamente, como no había tiempo que perder, nosotros rara vez bajábamos á tierra en algún pueblo ó aldea. Las poblaciones á orillas de aquél son escasas y distantes unas de otras; en la parte baja sólo encontramos tierras que lo eran también y se inundaban todos los años; más adelante, navegamos unas cien millas entre dunas de arena, y sólo al llegar al alto Sungari y empezar á acercarnos á Ghirin fué cuando se encontró una densa población.

Si nuestra aspiración hubiera sido el establecer amistosas relaciones con Manchuria, y no sencillamente conocer lo que era el Sungari, nuestra expedición bien hubiese podido considerarse como fracasada. Las autoridades chinas tenían frescos aún en su memoria los recuerdos de lo ocurrido ocho años antes con la « visita » de Muravioff, que tuvo por remate la anexión del Amur y el Usuri, y no podían por menos que mirar con prevención esta nueva é injustificada venida. Los veinticinco fusiles ocultos en el carbón, de los que habían dado noticia á dichas autoridades antes de nuestra salida, provocó todavía más sus sospechas, y cuando nuestro buque echó el ancla frente á la populosa ciudad de Ghirin, encontramos á todos sus comerciantes y mercaderes armados de sables mohosos procedentes de algún viejo arsenal. Sin embargo, no se nos prohibió el pasear por las calles; pero al bajar á tierra, todas las tiendas se cerraron y no se permitió que nos vendieran nada. Nos enviaron algunas provisiones á bordo como obsequio, pero sin querer recibir dinero por ellas.

El otoño se aproximaba rápidamente á su fin; ya habían empezado las heladas, y teníamos que darnos prisa en volver, porque no era posible invernar en el río. En suma, vimos Ghirin, pero no hablamos más que con los dos intérpretes que diariamente venían á bordo del vapor. Nuestro propósito, no obstante, se había cumplido: habíamos averiguado que el río es navegable, sacando de él un plano excelente, desde la embocadura á Ghirin, con cuya ayuda pudimos hacer el viaje de retorno á toda máquina sin ningún accidente. En una ocasión, nuestro vapor encalló en un banco de arena; pero las autoridades de Ghirin, deseando sobre todo que no nos viéramos obligados á pasar el invierno en el río, mandaron doscientos chinos, quienes nos ayudaron á ponernos á flote. Cuando salté al agua y cogiendo una palanca comencé á cantar el aire del río « Dubinushka », lo que permitió á todos dar un fuerte impulso simultáneamente, eso les hizo á los chinos mucha gracia, con tanto más motivo, cuanto que por semejante medio vieron pronto salir al barco de la arena. Esta pequeña aventura fué motivo de que entre los chinos y nosotros se establecieran las más cordiales relaciones. Pero claro es que me refiero únicamente al pueblo, el cual parecía estar muy disgustado con sus arrogantes autoridades.

Hicimos escala en varios pueblos chinos habitados por emigrados del Celeste Imperio, siendo recibidos con la mayor afabilidad. Una

noche, especialmente, dejó su recuerdo impreso en mi memoria: habíamos llegado á un pueblecito muy pintoresco á la caída de la tarde; fuimos á tierra algunos, y yo me interné solo por la población. Pronto me vi rodeado de una compacta multitud, como de unas cien personas, y aunque yo no sabía una palabra de su lengua ni ellos tampoco de la mía, hablamos amigablemente por medio de la mímica, entendiéndonos sin dificultad. El tocar á uno en el hombro en señal de amistad, pertenece indudablemente al lenguaje internacional; el ofrecerse mutuamente tabaco y el que le brinden á uno con fuego, es también una expresión internacional de simpatía. Una cosa llamó mucho su atención: ¿cómo era que yo, á pesar de ser joven, tenía barba? Ellos no la usan antes de los sesenta años. Y cuando les dije por señas que, en caso de no tener nada que comer, me podría servir de alimento, la chanza se transmitió de uno en otro á la masa entera, todos se rieron mucho y empezaron á tocarme en el hombro de un modo más afectuoso todavía; me acompañaron á todas partes, enseñándome sus casas; todos me ofrecieron sus pipas y vinieron á despedirme hasta el vapor, como se hace con un amigo. Debo hacer constar, sin embargo, que no había ni un solo *hoshkó* (policía) en el pueblo. En otras partes, nuestros soldados y yo siempre nos hacíamos amigos de los chinos; pero desde el momento que un *hoshkó* se presentaba, todo se interrumpía. ¡Sin embargo, eran de ver las figuras que le hacían á aquél en cuanto volvía la espalda! Indudablemente no eran partidarios de semejante representante de la autocracia.

Esta expedición cayó después en el olvido; el astrónomo Fh. Uról-tiseff y yo, publicamos informes sobre el particular en las Memorias de la Sociedad Geográfica Siberiana; pero algunos años más tarde, un terrible incendio destruyó en Irkutsk todos los ejemplares que quedaban de aquéllas, así como el mapa original del Sungari, y sólo el año anterior, cuando empezaron los trabajos del ferrocarril transmanchuriano, fué cuando los geógrafos rusos desenterraron nuestros trabajos, encontrando que el gran río había sido explorado hace treinta y cinco años por nuestra expedición.

VII.

Como respecto á las reformas nada más podía hacerse, procuré realizar únicamente lo que parecía posible, dadas las circunstancias, lo cual sólo sirvió para convencerme de la absoluta inutilidad del intento. Por ejemplo, en mi nuevo cargo de agregado al gobernador general, para lo referente á los cosacos, hice una investigación minuciosa de las condiciones económicas de los del Usuri, cuyas cosechas acostumbraban á perderse casi todos los años, teniendo el gobierno necesidad de mantenerlos en el invierno para evitar que fueran víctimas del hambre. Cuando volví con mi Memoria redactada, fuí universalmente congratulado, me vi ascendido, y recibí gracias especiales; todas las medidas recomendadas por mí fueron aceptadas, concediéndose subvenciones especiales en efectivo, para ayudar la emigración de unos, y á otros proporcionarles ganado, según mis indicaciones. Pero el resultado práctico de la medida fué, que el dinero vino á parar á manos de un